

**Renán Silva, *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Banco de la República / Fondo Editorial EAFIT, 2002, 674 páginas.**

Este libro fue originalmente la tesis de doctorado en Historia del profesor Renán Silva ante la Universidad de París I (Panthéon-Sorbonne), presentada en 1995. Se trata, entonces, de un trabajo que tardó casi una década en ser traducido al español y publicado, asunto nada extraño con las tesis de doctorado presentadas por nuestros colegas en medios institucionales de habla inglesa y francesa, primordialmente. Es, quizás, la cuota de subordinación que debemos pagar en nuestros procesos de formación académica ante quienes son, no hay que dudarlo, autoridades científicas que nos aportan, de muchos modos, la posibilidad de salir de nuestra concha provinciana, de nuestra engañosa singularidad. Es una cuota de dependencia que no sólo pagan los autores de las tesis, sino también la comunidad académica

nacional que, con dificultad y tardanza, tiene acceso a estas versiones innovadoras y rigurosas del modo de escribir la historia en Colombia. Así pues que en este caso hay que decir, como en otros, que más vale tarde que nunca.

El libro es denso, voluminoso, minucioso, detallado; es un libro que exige buenos lectores. Está bien escrito en términos generales, con algunas reiteraciones, con algunos errores inevitables en textos tan extensos, errores que seguramente han mortificado al autor y distraerán al lector, pero que no inciden en la apreciación de su calidad global, de un rigor y una lucidez apabullantes. Quienes conozcan otras obras del profesor Silva sospecharían lo que se veía venir con esta versión ¡abreviada! de su tesis de doctorado. Esas otras obras presagiaban y desarrollaban con alguna precisión

aspectos que hacían parte del grueso de la investigación del autor acerca de las ideas y prácticas ilustradas en el Nuevo Reino de Granada a fines del siglo XVIII. Incluso sus otros interesantes ensayos sobre el proyecto cultural de la República Liberal en el siglo XX, hacen parte de ese volumen de reflexiones de Silva acerca de los procesos adelantados por intelectuales cuyo nudo inspirador ha sido el deseo de conocer mejor la sociedad, de establecer algún tipo de vínculo con la cultura popular, de demostrar las virtudes de un proyecto de construcción de nación basado en un sistema de educación igualitario.

*Los Ilustrados de Nueva Granada* es un libro compuesto por una sustanciosa y esclarecedora introducción; luego vienen tres partes con contenidos y propósitos bien definidos, con un cuerpo muy preciso de hipótesis y preguntas. Las síntesis y las conclusiones son, tal vez, demasiado escolares por el ánimo reiterativo que las acompaña. Hay una descripción detallada de la bibliografía que utilizó y un índice onomástico muy pertinente, aunque incompleto.

En la introducción, el autor anuncia con claridad en qué consiste su obra. Sabemos que la historiografía colombiana ya ha tratado ampliamente este período y este proceso, pero lo que interesa es ver el asunto de otro modo, “reconsiderar la Ilus-

tración”. Esa reconsideración implica superar la tradicional historia de las ideas y acercarse a lo que él llama “el nuevo sistema de representaciones sociales” que produjo un grupo cultural específico, receptor y difusor de formas y prácticas ilustradas. Cómo se constituyó el grupo cultural ilustrado, por qué fue un grupo tan minoritario, por qué fue un grupo tan aislado del resto de la sociedad. Estas preguntas que, sin duda, son “nuevas preguntas sobre el mismo movimiento ilustrado”, hacen muy atractivo este estudio porque implica un reexamen del proceso civilizatorio que precedió la separación del dominio español; implican el diálogo con otras fuentes, más allá del pensamiento de las personalidades ilustradas. Por eso, Silva advierte que le dio importancia a la correspondencia privada que permite, según él, acceder “al mundo de lo vivido”.

Completa la introducción una justificación de las fronteras cronológicas que escogió. Está claro que se trata de un período y de un grupo de individuos que señalan una transición. Tal vez debió explicar mejor por qué 1760 y no otro año constituye una fecha emblemática en el inicio de un proceso inédito en el Nuevo Reino de Granada que termina en 1808. De todos modos, para el autor está claro que se trata de un período que muestra de “manera nítida la existencia de un grupo intelectual de rasgos modernos,

pero viviendo en los límites de una sociedad colonial de Antiguo Régimen". Es decir, Silva parte de la certeza según la cual a partir de 1808 hay una modificación sustancial de la vida pública tanto en España como en sus colonias en que, diríamos, queda superada y hasta ahogada esta etapa formativa de un núcleo de intelectuales ilustrados. Si nos atuviéramos a una de las influencias notorias evidenciadas en este libro, las reflexiones del profesor recién fallecido, François-Xavier Guerra, podríamos precisar que Silva se ha ocupado de la Ilustración como una expresión preliberal, como un fenómeno cultural restringido a un grupo muy pequeño de individuos que lograron esbozar —a pesar de las múltiples resistencias— algunas de las preocupaciones posteriores centrales del liberalismo hispanoamericano durante el accidentado proceso de formación republicana.

La primera parte del libro examina las disputas entre una vieja institucionalidad en el campo educativo y la aparición del proyecto educativo ilustrado; entre la institucionalidad cultural antigua cimentada en los dos colegios mayores fundados en el siglo xvii que concretaban el poder de las comunidades religiosas y el surgimiento de una nueva y abundante población estudiantil que empujó un proceso de secularización de esas viejas instituciones. El aumento de

“escolares civiles” que implicaría el predominio de los seculares sobre los clérigos, y que implicaría, también, una “diversificación social de los sectores que concurrían a la universidad”. A la movilidad, diversificación y expansión que les imponían un nuevo ritmo a los colegios-universidades habría que añadir, según lo demuestra Silva, la importancia de un grupo de “nuevos emigrantes”, un grupo de criollos provenientes de familias recién llegadas desde España, que será el núcleo más activo en la recepción y difusión de los ideales ilustrados. Fueron las familias de Francisco José de Caldas, de los hermanos Jerónimo y Camilo Torres, por ejemplo, las que proporcionaron contingentes de estudiantes en el Nuevo Reino de Granada. A esos cambios sociales en la composición del estudiantado se agrega la aparición de nuevas formas de sociabilidad, tales como las tertulias. El fundamento de esta sociabilidad fue la vieja costumbre de la visita, la conversación y la cena a la que se le fue agregando el interés más moderno por el comentario de lecturas comunes, por la constante comunicación de proyectos científicos personales o colectivos, por el intercambio de libros. En fin, se trataba de una sociabilidad todavía informal, todavía privada, que se ofrecía como alternativa a los espacios institucionales del aula de clase. Algo más ampliaba por entonces la vida del estudian-

te universitario y le ofrecía un panorama más ambicioso; se trataba, según Silva, de las prácticas diversas del autodidactismo que incluían, por ejemplo, el “aprendizaje entre compañeros”, la “observación de la naturaleza”, el préstamo informal de libros. Todas estas prácticas contribuyeron a que estos individuos adquirieran cierto grado de autonomía frente al saber, de distanciamiento frente a los poderes institucionales, pero también contribuyeron a que se constituyera un grupo minoritario, extraño a la sociedad de su tiempo, cuyos intereses culturales sólo serían comprendidos por un círculo muy exclusivo y limitado.

En esta parte, pues, estamos ante transformaciones culturales de importancia, que determinaron la conformación de un grupo diferenciado de individuos que va a contrastar con el pasado educativo institucional. Un grupo que va introducir y reproducir una actitud moderna ante el conocimiento, esa nueva actitud lo hará depositario afortunado de un patrimonio, “un patrimonio de los ilustrados”. Pero la asimilación del espíritu ilustrado va a implicar, al tiempo, una separación radical de una sociedad anclada en viejos valores. Esa distancia entre la modernidad de una élite y el arcaísmo del resto de la sociedad, es destacada por Silva a lo largo de su libro.

La segunda parte es una consecuencia en el orden de su exposi-

ción; está dedicada a una reconstrucción minuciosa e inteligente del comercio y la circulación del libro durante la Colonia. Aquí, el autor se interna audazmente en un objeto de estudio difícil por no decir que casi inédito en la historiografía colombiana. A pesar de las limitaciones en las fuentes, algo que advierte el mismo Silva, logra mostrarnos un interesantísimo panorama sobre procesos de circulación del libro, sobre la diversificación de géneros y autores. Al final del siglo XVIII, constata, las modificaciones en el comercio del libro señalan que la Iglesia católica perdió el monopolio tradicional; un mundo complejo de pequeños comerciantes y tratantes contribuyó a ampliar el mercado del libro y, además, anunció transformaciones sustanciales en las formas de lectura: leer con los discípulos; prestar lo leído; hablar de lecturas que se comparten; viajar con libros. En fin, testimonios de una mutación de la sensibilidad que, al parecer, no se circunscribió al pequeño núcleo de los ilustrados.

En esta parte de su obra, el profesor Silva nos ha mostrado las posibilidades del análisis de los inventarios de varias bibliotecas particulares, del examen de los planes escolares, de los cuestionarios a maestros, de la simple observación de los “avisos clasificados” en los periódicos. El autor nos ha demostrado que una aguda percepción permite la reconstrucción de una his-

toria de la lectura y del libro, no solamente en aquella época; estos capítulos enseñan a los amantes del oficio de historiador que de nada sirve una refinada teoría si no está acompañada por un diálogo incesante y perspicaz con las fuentes documentales. El mérito de esta parte del libro reside, por tanto, en el ejemplo que nos ha brindado Silva acerca de cómo descifrar exhaustivamente los procesos de cambio cultural.

La última parte del libro está consagrada a lo que podríamos llamar un examen del imaginario de nuestro grupo ilustrado. Silva quiere decirnos cuáles y por qué fueron las nociones fundamentales que acompañaron el espíritu ilustrado en el Nuevo Reino de Granada. Tal vez, aquí hallamos una profunda modificación de la historia de las ideas tradicionales, según como lo anunció el autor desde el comienzo. Hay un desplazamiento de la mirada hacia esos "nuevos lenguajes", hacia los nuevos temas que atrajeron a los ilustrados neogranadinos. Aquí conocemos, además, los nuevos valores impulsados por estos cuasi científicos. La racionalidad, propia de la Ilustración, se plasmó en el espíritu de cálculo, en la relación con la naturaleza, en el uso de instrumentos, en la importancia concedida a las estadísticas. La riqueza y sobre todo el trabajo recibieron en cabeza de los Caldas, Torres y Pombo una nueva valoración. Para

ellos existía una estrecha relación entre trabajo y riqueza, prosperidad y felicidad. A eso se agregaba el espíritu de utilidad descubierto en el contacto con la naturaleza. Lo útil y lo práctico fue visible en la obra de Mutis y en la Francisco Antonio Zea.

De otro lado, en este proceso ilustrado hubo indicios netos de secularización; la ciencia y el trabajo intelectual fueron forjándose como una esfera específica de actividades. Los ilustrados en el Nuevo Reino de Granada, afirma Silva, se "plantearon el problema de su lugar y de su función en la sociedad". Examinaron su trabajo como un oficio y luego como una profesión, y eso implicó la conquista de una relativa autonomía. Pero esa autonomía se veía, de todos modos, vulnerada por la percepción recelosa y hasta hostil de lo que intentaba hacer este pequeño grupo de "científicos". La independencia intelectual y la autonomía de la ciencia quedaron como ilusiones arrasadas por un medio en que aún predominaban las relaciones de mecenazgo.

Los ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX constituyeron un grupo que manifestó las contradicciones de una transición cultural. De una parte, fecundidad e intensidad en sus propuestas de modificación del entorno institucional; aparición de un acervo de comportamientos que anunciaban una nueva relación con

el conocimiento. Pero, de otra, seguían siendo portadores de los valores de una sociedad de Antiguo Régimen; seguían reproduciendo los valores de una sociedad señorial, jerárquica, fundada en la autoridad del rey. Apenas si se insinuó la trascendencia de una sociabilidad moderna mediante la prensa, la biblioteca, la lectura en común; pero siguieron prevaleciendo los “lazos de sociabilidad primaria”, tales como la familia, la amistad, la identificación regional. Los ilustrados neogranadinos no pudieron zafarse del tradicional desprecio al indio y al negro, así que su noción de igualdad tenía más bien un sentido abstracto que una aplicación concreta.

Este libro no es un simple estudio prosopográfico de un grupo cultural. Podríamos decir, más bien, que es una reconstrucción de los orígenes y la formación de una comunidad de individuos que tuvieron como punto de identidad el factor cultural. Es muy probable que este estudio obligue a reevaluar la importancia de algunos nombres propios. De nuevo podrá discutirse sobre el aporte de la figura de Mutis; Caldas aparece aquí con sus certezas, con sus vacilaciones y mezquindades. Este estudio invita también a hacer algunas revaluaciones de la historia del siglo XIX. ¿Qué tan profunda fue la ruptura entre este proyecto frustrado y los esfuerzos por construir institucionalidad cultural a lo largo del siglo XIX? ¿Cuándo y

cómo, en definitiva, podemos encontrar indicios de modernidad cultural? ¿O la modernidad es un fenómeno ambivalente que aparece y desaparece según los ritmos que imponen las prácticas políticas tradicionales? Y como lo sugiere varias veces, este estudio obliga a replantear la historia del romanticismo literario.

Aunque el proceso de este núcleo ilustrado fue relativamente corto, fue lo suficientemente intenso como para que lograra cristalizar en una “comunidad de ideas”, como la califica Silva. Pero esa comunidad de ideas fue un hecho restringido a un núcleo minoritario que terminó aislado en su proyecto de modernidad. Tal vez la principal tragedia de nuestros ilustrados en esta etapa preliberal y prerrepública fue su soledad. El aislamiento ante las políticas de la Corona española y ante el arcaísmo de la sociedad en que habitaban.

Este libro parte de comprender que al comienzo hubo identidad entre el reformismo borbón y el proyecto de la Ilustración. Absolutismo y proyecto ilustrado fueron vidas que fluyeron paralelas en buena parte del siglo XVIII para enfrentar una sociedad organizada en cuerpos tradicionales. Luego vendría la ruptura entre el Estado absolutista y el proyecto cultural ilustrado. El uno no podía aceptar las dimensiones alcanzadas por el otro que se

plasmaban, sobre todo, en la aparición de una élite con comportamientos modernos que reclamaba libertad de pensamiento, libertad de imprenta, libertad de asociación. Hijos del absolutismo ilustrado, los miembros de esa nueva élite se habían vuelto individuos incómodos y hasta peligrosos para la Corona, la misma que había dado estímulo al comienzo al proceso de la Ilustración. Su aislamiento lo completaba la incapacidad para establecer nexos más orgánicos con las formas de saber populares. Para Francisco José de Caldas, dice Silva, la experiencia popular era "nula en términos de saber válido". Así se evidenciaba que, al fin y al cabo, este núcleo ilustrado reproducía un modelo político vertical y excluyente.

La soledad de estos esbozos de intelectuales modernos podría leerse como alegoría o presagio de las dificultades contemporáneas de los intelectuales para sintonizar con otros sectores sociales. También la violenta ruptura de 1808, la desaparición de esta generación intelectual en el proceso de Independencia, parecía anunciar una repetida frustración de proyectos de modernidad durante todo el siglo XIX, sobre todo en el ámbito de la educación.

Esta inteligente reconstrucción del núcleo de ilustrados nos permite pensar, además, en las dificultades posteriores para hallar un clima cultural propicio para la consolidación

de la ciencia como una esfera autónoma. Otras prioridades, más políticas que científicas, absorbieron las energías de las élites. Aun así, algunos personajes y eventos del accidentado proceso de formación republicana intentaron prolongar el espíritu reformista borbón, sobre todo en el conflictivo examen de las relaciones entre el Estado y la Iglesia católica y de los enfrentamientos posteriores entre sectores de la élite liberal y el jesuitismo. Tal vez haya omitido Silva la importancia que pudo haber tenido en esos años ilustrados la masonería, en versión, por ejemplo, del funcionario criollo Moreno y Escandón, quizás el personaje cuya semblanza ha sido más débil en este libro. Algunos proyectos científicos ligados a la construcción de la nación parecieron contar con la inspiración de aquel "proyecto civilizatorio" primigenio, precursor de nuestros representantes de la Ilustración. Por ejemplo, los esfuerzos educativos liberales de los siglos XIX y XX, algo que el autor conoce muy bien, contaron de uno u otro modo con aquel ideal igualitario ilustrado.

Ojalá este libro suscite controversias. Las merece y las necesita. Es posible que se erija en un acertado ejemplo de cómo debe seguir escribiéndose la historia en Colombia, porque crea un paradigma de exhaustividad en el contacto con las fuentes primarias y en el diálogo con

otros científicos sociales. Creo que logra una comunión ideal entre eso que llamamos aquí, de manera tal vez rústica, empirismo y teoría. Es posible que debamos reclamarle por pequeñas omisiones: debió acudir a un mapa u otra ayuda visual para sustentar la importancia del factor regional; en alguna parte pudo haber explicado por qué no dialogó con la obra de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, cuyo

simple título, además de algunos capítulos y conceptos, nos invita involuntariamente a hacer algunas asociaciones. En fin, el autor es soberano en sus desprecios. Ya lo sabemos.

**Gilberto Loaiza Cano**

Profesor Asociado del Departamento de Historia, Universidad del Valle.